

## Los males del poder y los poderes del mal

Peter Elmore

En el año 2000, una novela sobre la prolongada dictadura de un déspota tropical corre el riesgo de parecer anacrónica. Mario Vargas Llosa, sin embargo, se ha propuesto en **La Fiesta del Chivo** realizar el balance histórico y la radiografía moral de un régimen -el de Leonidas Trujillo en la República Dominicana- que desde la década del 30 hasta 1961 rigió con voracidad y omnipotencia todos los ámbitos de una sociedad: el Dictador -que Roa Bastos parecía haber agotado como personaje literario en **Yo el Supremo** (1974)- reaparece en una de sus encarnaciones caribeñas, ya no en el período que tuvo como horizonte la utopía ilustrada de la Razón y como orden del día la gesta de Estados nacionales, sino en la etapa signada por la contienda planetaria entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Por otro lado, el Dictador no ocupa con exclusividad el relato, pues le toca alternar en el extenso territorio del texto con una de sus víctimas -la exitosa y atormentada Urania Cabral- así como con quienes, en un acto desesperado y extremo, se atreverán al magnicidio. Entre los que han frecuentado la prolífica bibliografía de Vargas Llosa, **La Fiesta del Chivo** convoca de inmediato otros dos títulos: **Conversación en La Catedral** (1969) y **La guerra del fin del mundo** (1980). Como en **Conversación en La Catedral**, la podredumbre moral de una autocracia es objeto de una gráfica y minuciosa requisitoria; como en **La guerra del fin del mundo**, la ficción transcurre en un escenario situado más allá de los confines del Perú para reelaborar, con ánimo escrupulosamente flaubertiano, materiales que provienen de la historiografía y la memoria social. Puede agregarse que las tres novelas comparten la vasta envergadura de su diseño y la voluntad de encuadrar sus argumentos en el marco comunitario de la Nación. Así, los destinos individuales y las peripecias que urden las tramas se remiten a las prácticas del Estado y al control de la colectividad: al interior de **Conversación en La Catedral**, **La guerra del fin del mundo** y **La Fiesta del Chivo**, la esfera que contiene todas las otras es la de la política.

# I

«La novela es la historia privada de las naciones», reza la cita de Balzac que sirve de epígrafe a **Conversacion en La Catedral**. Se podría haber transcrito sin dificultad en **La Fiesta del Chivo**, que más bien sigue en ese aspecto la lección de **La guerra del fin del mundo**: si la novela sobre la lucha entre la República brasileña y las huestes milenaristas de Antonio Conselheiro tiene como pórtico una copla anónima que alude al líder de los yagunzos, la consagrada a los tiempos de Trujillo acoge una canción popular para aludir oblicuamente al tirano. En ambos casos se verifica el mismo anonimato de las fuentes; también, la misma tendencia a designar a los personajes centrales por medio de sus sobrenombres. El Chivo es el apodo del gobernante que durante 32 años rigió la República Dominicana sin rendirle cuentas a nadie; ese calificativo es, en un sentido profundo, más revelador y auténtico que el nombre recibido en el bautismo o los títulos otorgados por el exhuberante servilismo de los áulicos de Trujillo, pues, como un macho cabrío tropical, el Generalísimo posee con avidez no sólo las arcas y los mecanismos del Estado, sino que ejerce lascivamente el derecho de pernada sobre todas las mujeres que le atraen.

Totémico y lujurioso, el Chivo es -en el universo de la novela- la encarnación perversa de un cierto modelo patriarcal de autoridad: para él, el control del territorio supone también el dominio de los cuerpos. De ahí que, en su caso particular, el quehacer político se confunda, frecuentemente, con el ejercicio erótico: «Las buenas dominicanas agradecían que el Jefe se dignara tirárselas» (71), dice con sarcasmo Urania Cabral, cuya lacerada memoria sirve como centro de gravedad moral a **La Fiesta del Chivo**. El motivo de los nombres no se termina con el apodo del Dictador. Urania -marcada a fuego por un trauma sexual que le causa Trujillo- siente una mezcla de extrañeza y rechazo ante la seña más evidente de su identidad, como lo revela el primer párrafo de la novela: «Urania. No le habían hecho un favor sus padres; su nombre daba la idea de un planeta, de un mineral, de todo, salvo de la mujer espigada y de rasgos finos, tez bruñida y grandes ojos oscuros, algo tristes, que le devolvía el espejo» (11). El nombre propio no dice al cuerpo: lo contradice. La capital del país, por lo demás, deja de llamarse Santo Domingo de Guzmán durante los años del régimen y, en un megalómano bautizo, recibe por nombre Ciudad Trujillo. En el mundo claustrofóbico y desquiciado de la Dictadura, los signos establecen una relación patológica con los sujetos y los objetos que nombran. Ese fenómeno lo representó

George Orwell en **1984**, que es una de las grandes ficciones distópicas del siglo XX, a través del **doublespeak** impuesto por el régimen totalitario del Gran Hermano.

Hay en la literatura latinoamericana algunas distopías -o, si se prefiere, anti-utopías-, como **La reina del Plata**, de Abel Posse, o **La ciudad ausente**, de Ricardo Piglia, para mencionar dos libros de autores argentinos diametralmente distintos entre sí. Sin embargo, el lugar simbólico de las distopías -esas pesadillas literarias que exorcizan y critican los horrores del Estado- lo ocupan en nuestro continente sobre todo novelas como **Yo el Supremo** o **La Fiesta del Chivo**; es decir, textos que reivindican su carácter histórico, su propósito de escudriñar el pasado colectivo, y no obras que sitúan la ficción en un futuro aberrante. Acaso esa diferencia entre las imaginaciones literarias de Europa y América Latina señale, sintomáticamente, la carga turbadora que en esta última tiene la Historia.

## II

En **La Fiesta del Chivo**, el Dictador no es una figura espectral o mítica, aunque el caudal novelesco documente el prestigio sobrenatural del que gozó incluso entre sus enemigos. Minutos después del asesinato de Trujillo, uno de los conspiradores hiere a un compañero en la confusión del instante; ese error, que lo abrumba, le parece una venganza diabólica del ajusticiado: «Fue como si se abriera la tierra, como si, desde ese abismo, se levantara riéndose de él la carcajada del Maligno» (251).

Las leyendas que la imaginación popular teje alrededor de la figura del Tirano tienden tanto a escamotear su realidad física como a atribuirle peculiaridades insólitas en un ser humano. La novela, por su parte, procede a registrar esas creencias para matizarlas o contrastarlas con la precariedad del decrepito Dictador. Por ejemplo, era fama en la República Dominicana que Trujillo, pese al clima tórrido del país, tenía la propiedad de no transpirar: «Otro mito que repetían sobre el era: Trujillo nunca suda. Se pone en lo más ardiente del verano esos uniformes de paño, tricornio de terciopelo y guantes, sin que se vea en su frente brillo de sudor. No sudaba si no quería. Pero, en la intimidad, cuando hacía sus ejercicios, daba permiso a su cuerpo para que lo hiciera»(29). Otras secreciones del mandatario no están, sin embargo, ni siquiera parcialmente sujetas a su voluntad. Con

insistencia, el narrador subraya las humillantes claudicaciones de un cuerpo ya vetusto, condenado a la ruina; así, en un dato digno de **Ubu roi**, de Alfred Jarry, se revela que la verdadera función del presidente del partido oficialista «era, desde que el doctor Puigvert, traído en secreto desde Barcelona, diagnosticó la maldita infección de la próstata, actuar de prisa cuando se producían esos actos de incontinencia, derramando un vaso de agua o una copa de vino sobre el Benefactor y pidiendo luego mil disculpas por su torpeza o, si ocurría en una tribuna o durante una marcha, colocándose como un biombo delante de los pantalones mancillados» (233). Hay aquí una imagen ejemplar de la naturaleza esperpéntica del trujillismo tardío: el Líder que la retórica oficial quiere retratar como un monumento es, en realidad, un viejo que necesita pañales; la clase política, por su parte, no sirve sino para mantener en secreto -literalmente- los trapos sucios de su amo. Mayor aún es, para quien siempre se preció de su apetito sexual, la vergüenza de no poder eyacular. Esa última merma atormenta a Trujillo y es, de hecho, la obsesión que lo acompaña la noche de su muerte.

Por cierto, la técnica del dato escondido -recurso que Vargas Llosa administró con eficacia en **La ciudad y los perros** y **La casa verde**, por ejemplo- reaparece en **La Fiesta del Chivo** para conectar la línea argumental dedicada al Dictador con aquélla que tiene como protagonista a Urania Cabral. En las primeras páginas de la novela, a Trujillo lo perturba el recuerdo de «la maldita noche de la muchachita desabrida» (26); más adelante, también de manera enigmática, le viene a la memoria «la figurita odiosa, estúpida y pasmada de esa muchacha contemplando su humillación. Se sintió vejado» (224). El misterio se disipa por completo en el trigésimocuarto y último capítulo de la novela, cuando Urania -a los 49 años de su edad- cuenta los sórdidos detalles del encuentro que sostuvo, recién púber, con el dueño de las vidas y las haciendas de los dominicanos. Los fluidos corporales que contribuyen a caracterizar al Dictador no son sólo el sudor, la orina y el sémen. También figura -efusivamente y con buscada truculencia- la sangre: «Segundos después, Salvador se detenía, alargaba la cabeza sobre los hombros de Tony Imbert y de Antonio, que uno con un encendedor y otro con palitos de fósforos, examinaban el cuerpo bañado en sangre, vestido de verde oliva, la cara destrozada, que yacía en el pavimento sobre un charco de sangre. La Bestia, muerta» (251). El punto de vista que el narrador acoge en la cita previa es el de un católico devoto que, sin renunciar en absoluto a su fe, se compromete con el magnicidio.

A diferencia de lo que sucede en **Conversación en La Catedral** con Manuel Odría, quien apenas existe en el universo de la novela como el garante ausente de las atrocidades y la corrupción que bajo su amparo se cometen, en **La Fiesta del Chivo** Trujillo es uno de los personajes de construcción más compleja: la relación de su muerte en el capítulo duodécimo, casi a la mitad misma de la novela, no impide que siga siendo objeto de la representación hasta el final mismo de **La Fiesta del Chivo**. Para retratarlo, el novelista se interna en su conciencia y, desde ahí, registra no sólo los juicios que sus colaboradores, parientes y enemigos le merecen, sino que evoca las varias escalas de su biografía, desde la infancia menesterosa a la solitaria decrepitud del poder, pasando por el entrenamiento con los marines estadounidenses, el genocidio de los haitianos en 1937 y las décadas dedicadas a la consolidación del Estado. Pero a la focalización interna la complementa la mirada múltiple de los otros personajes, desde los conjurados que le dan muerte -entre los cuales hay antiguos partidarios suyos- hasta Urania Cabral, que -paradójica y patéticamente- confiesa al final de la novela: «Mi único hombre fue Trujillo. Como lo oyes. Cada vez que alguno se acerca, y me mira como mujer, siento asco» (513). Treinta y cinco años después de la muerte del tirano, su herencia sigue empobreciendo la vida de una de sus víctimas.

La larga sombra del Dictador no sólo oscurece la intimidad de ciertos personajes, sino que de algún modo se cierne aún sobre la sociedad que por tanto tiempo rigió con mano de hierro. Entre quienes sobreviven al Benefactor se cuentan desde los nostálgicos del Orden («Habían olvidado los abusos, los asesinatos, la corrupción, el espionaje, el aislamiento: vuelto mito el horror», 128) hasta los pragmáticos descendientes políticos de la dictadura, como el sempiterno Joaquín Balaguer, untuoso y astuto artífice de los cambios que siguieron al fin de Trujillo, o el imaginario Henry Chirinos, esperpéntico gemelo dominicano del ex-parlamentario peruano Enrique Chirinos Soto.

### III

Aunque en **La Fiesta del Chivo** el Dictador es inequívocamente inescrupuloso y no conoce -ni quiere reconocer- límite alguno, no invita exclusivamente al rechazo y la condena. La ambigua fascinación que proyecta Trujillo no procede de la coexistencia en él de rasgos positivos con características execrables, sino de la

consistente exploración del Mal que es toda su vida de estadista. Para Vargas Llosa, lector alerta de Bataille, el Mal no aparece bajo la forma de una mera negatividad; se trata, ante todo, de una energía y una presencia que obedece a pulsiones elementales y contrarias a la razón, pero que posee su propia lógica y su propio rigor. Trujillo, en **La Fiesta del Chivo**, es más que un simple sátrapa y un oportunista: entre sus pares, es el primero. No es por soberbia o un simple alarde de machismo que el Dictador mira con desdén a sus ex-colegas latinoamericanos en el exilio: «Era un mensaje de la Casa Blanca. A eso vinieron. A pedir que me vaya y a ofrecirme asilo en los Estados Unidos. Allí tendría asegurado su patrimonio. Esos pendejos me confunden con Batista, con Rojas Pinilla, con Pérez Jiménez. A mi sólo me sacarán muerto» (96). La decisión de quedarse hasta el final es, sobre todo, una prueba concluyente de la voluntad de poder que anima a Trujillo, quien necesita apurar hasta las heces el placer que el control pleno de los otros le produce: penetrar, herir, matar y escarnecer a quienes están bajo su férula son los actos que le dan sentido a su vida.

A diferencia de aquellos déspotas que sirven a un designio utópico, el Trujillo de Vargas Llosa no concibe ilusiones apoteósicas sobre el futuro de su patria. A lo más, le enorgullece haber acabado con el caos de los caudillos y haber instaurado un gobierno estable, eficiente. Su propósito no es otro que el de perseverar, pese a las circunstancias adversas que genera el bloqueo de la OEA y los Estados Unidos, sus antiguos aliados: el Dictador sabe que su mayor riqueza consiste en su capacidad de afectar las vidas de sus compatriotas, aplicando su sádica destreza para jugar el ajedrez de la política con piezas de carne y hueso. Así, por ejemplo, la caída en desgracia del padre de Urania, el senador Cerebritto Cabral, es en gran medida un acto gratuito, cuyo propósito es malignamente lúdico. El Dictador, por lo demás, se complace en estimular las tortuosas bajezas que sus colaboradores idean y ejecutan con el fin de ganar su favor: «A Trujillo le divertía -un juego exquisito y secreto que podía permitirse- advertir las sutiles maniobras, las estocadas sigilosas, las intrigas florentinas que se fraguaban uno contra otro, la Inmundicia Viviente y Cerebritto -pero, también, Virgilio Alvarez Pina y Paino Ricardo, Joaquin Balaguer y Fello Bonnelly, Modesto Diaz y Vicente Tolentino Rojas-, y todos los del círculo íntimo para desplazar al compañero, adelantarse, estar más cerca y merecer mayor atención, oídos y bromas del Jefe» (252).

Del numeroso séquito de Trujillo es preciso destacar al temible encargado del SIM, Johnny Abbes, que en la bibliografía de

Vargas Llosa se emparenta con el Cayo Bermúdez de **Conversacion en la Catedral**. Como Bermúdez, pero de un modo más extremo y depredador, Abbes encarna el lado oscuro y maldito del poder. En el marco de la novela, Abbes es la reducción a la quintaesencia del aspecto represivo, violento, del Dictador; Joaquín Balaguer, por su parte, resume en su remilgada figura la capacidad del Benefactor para promover arreglos y navegar en medio de las crisis. Si Balaguer se perfila gradualmente en el texto de Vargas Llosa, Abbes es a lo largo del relato una presencia reiterada y casi ubicua: quien antes de unir su destino al del Dictador «era periodista deportivo y medio poeta» (84), se convierte con el paso de los años en el principal fabricante de las crueldades del régimen. Inevitablemente, dada la función de Abbes, los lectores peruanos relacionamos al jefe del SIM trujillista con el del SIN fujimorista. Interesa, sin embargo, precisar la clave de esa relación: mientras Henry Chirinos es una réplica apenas velada de Enrique Chirinos, Abbes resulta ser el homólogo caribeño de Vladimiro Montesinos, pero no su doble.

El autor insiste en las peculiaridades del personaje dominicano -su voz neutra, su estampa adiposa, sus lejanas lecturas esotéricas-, pero sobre todo subraya sus posiciones políticas y su manera de entender el oficio de canchero de la dictadura. Abbes, por ejemplo, odia a la CIA (organismo que empleó o emplea aún al principal asesor de Fujimori) y, entre el asesinato y la calumnia, opta con más frecuencia por el primer expediente. Su calidad de funcionario inamovible se debe en parte a su devoción al cargo, pero vale la pena notar que Trujillo lo mantiene a su lado pese a que Abbes falla en el cumplimiento de varias misiones de alto riesgo. El Dictador no lo descarta, sin embargo, porque su asesor no deja de intrigarlo, mientras que sus demás colaboradores le parecen del todo transparentes. Esa cualidad enigmática, ese margen desconocido, explica en gran medida el poder que acumula el verdugo. No sólo el poder de él. Acaso Trujillo no termina de comprender a Abbes porque, a fin de cuentas, le resulta imposible reconocerse en el espejo del otro. Significativamente, el narrador de **La Fiesta del Chivo** recalca en varios pasajes que la voz y la mirada del Dictador -una voz aguda y una mirada que dista de parecer genial- tienen un efecto inexplicablemente subyugador en quienes son objetos de una y destinatarios de la otra. Concluida la lectura de **La Fiesta del Chivo**, las décadas de la Dictadura y la persona misma de Leonidas Trujillo resultan perturbadoras e inquietantes tanto por su perversidad como porque, en último análisis, algo de ellas permanece en la sombra, irreductible al entendimiento. Ese no es

un defecto de la novela, sino una de sus tácitas lecciones: el autoritarismo latinoamericano puede parecer de una barbara simplicidad, pero esconde misterios tanto para quienes lo encarnan como para quienes desean erradicarlo. Por eso, una novela de Dictador en el año 2000 no es una redundancia.